

Caras de la Cosecha: La fuerza de Palisade CO 2025

Por Anahi Perea | Arqueóloga- La Plaza

En los campos de Palisade, Colorado, donde crecen algunos de los mejores duraznos y cerezas del país, también florecen historias humanas llenas de esfuerzo, comunidad y esperanza. Este artículo nace de una investigación en campo realizada durante la temporada de cosecha, donde conviví con trabajadores migrantes con visa H2A la mayoría provenientes de México, para conocer más de cerca cómo viven su trabajo y su día a día.

La investigación fue posible gracias a La Plaza, una organización que apoya a la comunidad migrante en el condado de Mesa. Para acercarse realmente a estas personas, utilicé un método llamado observación participante. Este enfoque, descrito por el antropólogo James Spradley (1980), consiste en estar presente de forma activa: compartir con las personas sus espacios, sus tiempos, y observar con respeto su vida cotidiana. No solo hacer preguntas: también escuchar, convivir y aprender de lo que se vive en el día a día.

El trabajo como orgullo y compromiso familiar

Muchos de los trabajadores entrevistados dejaron en claro que su trabajo no es solo por necesidad económica. Lo hacen también por amor, por orgullo, y por el bienestar de sus familias. Miguel, de Michoacán, me dijo: “Yo no vengo solo por dinero, vengo para que mis hijos coman mejor que yo”. Esta idea de trabajar por el futuro de los hijos se repitió varias veces.

Aquí aplico lo que el antropólogo Philippe Bourgois (2007) observó en sus estudios: que incluso en situaciones difíciles, las personas buscan respeto, dignidad y orgullo. En este caso, el trabajo agrícola no es solo cargar fruta: es también una forma de cumplir con su rol como padres y como hombres responsables, aún lejos de casa.

El cuerpo como herramienta y sacrificio

El cuerpo de los trabajadores agrícolas en Palisade no es solo una presencia física: es una herramienta esencial y también un campo de batalla silencioso. Durante las entrevistas y jornadas de observación participante, fue evidente cómo el cuerpo se convierte en el principal recurso laboral. Sin embargo, esa herramienta también sufre, se agota y, muchas veces se rompe sin recibir atención ni descanso.

Las jornadas inician antes de que salga el sol. Los trabajadores, aún adormilados, ya cargan con la expectativa de llenar contenedores, cumplir metas de producción y

soportar condiciones climáticas extremas. A mediodía, el calor puede superar los 100°F (37°C), y los árboles no siempre ofrecen sombra suficiente. Cada fruta que se recoge implica un movimiento repetitivo: estirar el brazo, mantener el equilibrio en escaleras inestables, cargar canastas que pueden llegar a pesar más de 30 libras. A este desgaste físico se le suman lesiones menores que no siempre se atienden: dedos cortados, quemaduras solares, alergias, dolores de espalda crónicos.

Muchos trabajadores me contaron que han aprendido a vivir con el dolor. “Es normal”, me decía Víctor, de San Luis, mientras masajeaba su muñeca: “Cuando ya no puedes con una mano, usas la otra”. Esta aceptación del malestar como parte de la rutina laboral evidencia lo que Seth Holmes (2013) define como sufrimiento estructural: un dolor físico que no proviene de un accidente aislado, sino de una estructura económica y social que espera que el cuerpo humano se adapta y resiste sin reclamar.

La vulnerabilidad corporal se agrava por la falta de acceso a servicios médicos. Aunque algunos patrones ofrecen atención básica, muchos trabajadores prefieren no reportar lesiones por miedo a ser considerados “ineficientes” o “reemplazables”. Así, el cuerpo se transforma en una especie de contrato silencioso: cuánto más puede soportar, más valioso es. Pero ese valor rara vez se traduce en reconocimiento o cuidado.

Este uso intensivo del cuerpo, acompañado de silenciamiento emocional, también tiene consecuencias psicosociales. El cuerpo no solo se cansa: también calla, aprieta los dientes y aguanta. Esta resistencia física está entrelazada con un mandato de masculinidad rural que valora la fortaleza y desestima la queja. Como lo ha observado Philippe Bourgois, en muchos contextos de trabajo duro, resistir sin mostrar debilidad es una forma de dignidad masculina.

Aun así, detrás de esa fortaleza se esconde una verdad compleja: el cuerpo agrícola migrante es explotado, invisibilizado y profundamente necesario para sostener la economía local. Su sacrificio está presente en cada caja de fruta que llega a los supermercados, aunque raras veces se hable de él.

En resumen, el cuerpo de los trabajadores en Palisade es el canal donde se cruzan la productividad, el dolor, el silencio y la esperanza. Es una herramienta de trabajo, sí, pero también es una memoria viva de resistencia, esfuerzo y humanidad.

Comunidad y convivencia en el día a día

En medio de los surcos y árboles frutales de Palisade, donde la tierra demanda jornadas largas y el trabajo físico es constante, emerge una dimensión vital que no siempre se ve a simple vista: la comunidad que los trabajadores agrícolas construyen entre sí. Esta convivencia cotidiana es uno de los hallazgos más significativos del trabajo de campo, y revela cómo los lazos humanos se vuelven esenciales para resistir y encontrar sentido dentro del esfuerzo compartido.

Lejos de sus familias y comunidades de origen, los trabajadores con visa H2A reconstruyen un nuevo espacio de pertenencia entre compañeros. Las casas o trailas donde viven, los descansos a la sombra, las noches de comida colectiva y las conversaciones al final de la jornada se convierten en lugares simbólicos de refugio y afecto. Se crean rutinas compartidas: cocinar en grupos, turnarse para limpiar, compartir música, contar anécdotas de su pueblo, y hasta celebrar juntos el cumpleaños de alguno de los compañeros.

Durante la investigación, observé cómo esta red de apoyo mutuo actúa como una especie de medicina emocional. “Aquí todos venimos solos, pero entre nosotros nos volvemos hermanos”, me dijo Jesús, de Guerrero. En sus palabras hay una verdad profunda: la convivencia diaria es una estrategia de supervivencia emocional, una forma de enfrentar la soledad, el cansancio y la distancia.

Este tipo de relaciones también tienen un fuerte componente cultural. En muchas regiones rurales de México y Centroamérica, las redes comunitarias y los apoyos entre vecinos son prácticas comunes. En Palisade, esas prácticas se reactivan en el contexto migrante. El sentido de colectividad no desaparece al cruzar la frontera: se adapta y se fortalece, convirtiéndose en una forma de resistencia social frente a un sistema que muchas veces individualiza y fragmenta.

Aquí es donde cobra sentido el concepto de Erving Goffman (1959) sobre la presentación del yo en la vida cotidiana. A través del compañerismo, del cuidado mutuo y de mantener una actitud alegre a pesar del agotamiento, los trabajadores no solo protegen su dignidad, sino que también construyen una imagen de fortaleza y humanidad frente a un entorno que los trata como mano de obra. El humor, la música, los apodos entre compañeros y las bromas internas funcionan como un tejido invisible que los sostiene.

También, esta comunidad temporal se convierte en espacio de contención ante eventos difíciles. Si alguien enferma, son los compañeros quienes avisan, acompañan o ceden parte de su comida. Si hay noticias tristes desde el país de origen, el grupo contiene, escucha, abraza. La comunidad no solo es funcional: es profundamente emocional.

Desde la perspectiva de Clifford Geertz (1973), estas interacciones cotidianas —aunque parezcan simples— están cargadas de significado cultural. Cocinar juntos, bromear después de una jornada o rezar en voz baja antes de dormir son prácticas que construyen sentido y permiten interpretar el mundo, afirmando la identidad colectiva frente a un contexto que suele invisibilizar a estos trabajadores.

En resumen, la convivencia diaria entre los trabajadores agrícolas en Palisade no sólo suaviza las cargas del trabajo, sino que crea un entramado vital de solidaridad y humanidad. En ese día a día compartido florece una segunda familia, tejida con afecto, cuidado y dignidad.

Conclusión

Escuchar a los trabajadores del campo, compartir su rutina y observar con respeto su entorno me deja una enseñanza poderosa: detrás de cada durazno y cada cereza hay un cuerpo que resiste, una historia que se mueve entre la nostalgia y la esperanza, y una comunidad que se sostiene a sí misma con dignidad.

Esta investigación muestra que el trabajo agrícola migrante no puede reducirse a cifras de producción ni a estatus migratorio. Es una experiencia profundamente humana, atravesada por el dolor físico, la responsabilidad familiar, el orgullo, y una solidaridad que se construye día a día entre quienes comparten la misma tierra, el mismo calor, y muchas veces, los mismos silencios.

Desde la perspectiva antropológica, el trabajo en Palisade confirma varias tesis fundamentales:

- Como señala Seth Holmes (2013), el cuerpo migrante está expuesto a un sufrimiento estructural que ha sido normalizado por el sistema laboral y político. Sin embargo, este cuerpo también se convierte en símbolo de resistencia cotidiana, de disciplina, de amor familiar, y de una ética del trabajo profundamente interiorizada.
- Como plantea Philippe Bourgois (2007), los trabajadores agrícolas no solo buscan sobrevivir; también buscan respeto. Su trabajo es una forma de cuidar a los suyos, de sentirse útiles y responsables, aun a miles de kilómetros de casa. Esta ética del deber dignifica incluso las condiciones más difíciles.
- La comunidad que se forma entre ellos, como observó Erving Goffman (1959), permite sostener la dignidad colectiva. Las bromas, los alimentos compartidos, los cuidados mutuos cuando alguien enferma, son estrategias de preservación emocional que hacen de la convivencia algo más que una necesidad: la convierten en resistencia afectiva.
- Y como nos recuerda Clifford Geertz (1973), todo lo visible tiene un sentido más profundo. Cosechar no es solo recoger fruta: es construir identidad, arraigo, memoria migrante. Es en ese “hacer cotidiano” donde se forman los significados que dan valor a la experiencia.

Como investigadora, mi intención no fue solo recoger datos, sino también compartir lo vivido. Siguiendo el método de observación participante, propuesto por James Spradley (1980), esta investigación se construyó a partir de la cercanía, la escucha y la presencia respetuosa. Fue en los silencios, en los gestos y en las risas donde más se aprendió.

Por eso, desde mi rol como arqueóloga y parte del equipo de La Plaza, reafirmo la importancia de dar voz, presencia y reconocimiento a quienes sostienen la alimentación de este país con sus manos. Necesitamos seguir acompañando no solo con servicios, sino también con espacios de dignificación, documentación y justicia.

Porque el trabajo en el campo no debe seguir siendo un sacrificio invisible, sino una labor humana, con historia, con derechos y con memoria.

Bibliografía consultada

- Bourgois, Philippe. (2007). En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem. Madrid: Siglo XXI.

*Se utiliza para explicar cómo el trabajo es también una forma de dignidad y compromiso, no solo una necesidad económica.

- Geertz, Clifford. (1973). The Interpretation of Cultures. New York: Basic Books.

*Nos ayuda a entender que las prácticas cotidianas tienen significados profundos que deben interpretarse desde adentro.

- Goffman, Erving. (1959). The Presentation of Self in Everyday Life. New York: Anchor Books.

* Se aplica para explicar cómo los trabajadores mantienen su dignidad a través de la convivencia y el cuidado mutuo.

- Holmes, Seth. (2013). Fresh Fruit, Broken Bodies: Migrant Farmworkers in the United States. Berkeley: University of California Press.

*Referente para analizar el impacto del trabajo agrícola en el cuerpo, y cómo se normaliza el sufrimiento físico.

- Spradley, James P. (1980). Participant Observation. New York: Holt, Rinehart and Winston.

*Manual que explica el método de observación participante, usado en este estudio para convivir y aprender directamente de los trabajadores.

Caras de la Cosecha: La fuerza de Palisade, CO 2025

Por: Anahi Perea / Extensión Comunitaria en La Plaza

Durante más de un año en Palisade, Colorado, he realizado distintos tipos de inmersión, conviviendo y trabajando junto a los jornaleros con visa H2A. Este acercamiento ha implicado desde preparar comidas comunitarias, asistir a reuniones informales, acompañar en trámites médicos o legales, dar clases de inglés, etc. En este tiempo he podido identificar diferentes estructurales que afectan a este sector clave de la economía agrícola local.

Hallazgos del trabajo de campo

1. Salud física condicionada al deber laboral

El cuerpo de los trabajadores se convierte en la principal herramienta de producción y, al mismo tiempo, en el bien más desgastado. Observé casos de dolor crónico en la espalda, inflamación de rodillas y lesiones en las manos que no recibían atención médica. La lógica de “la fruta no espera” impone que incluso quienes están lesionados continúen trabajando, lo que agrava sus condiciones. Esta situación, como documenta Holmes (2013), perpetúa un ciclo de desgaste físico sin recuperación, invisibilizado por la urgencia económica.

2. Salud emocional vivida en privado

La distancia con la familia y la incertidumbre laboral generan sentimientos de tristeza y soledad. Muchos trabajadores duermen con el celular junto a la almohada para recibir llamadas de sus hijos en México o Centroamérica, a menudo de madrugada. La ausencia de redes de apoyo emocional en el lugar de trabajo convierte el estrés y la ansiedad en problemas silenciosos, normalizados por la rutina. Scheper-Hughes (1992) denomina a esto “dolor social”, un sufrimiento invisibilizado por la costumbre de callar.

3. El idioma como barrera estructural

En múltiples ocasiones presencié cómo trabajadores firmaban documentos legales o médicos sin comprender su contenido. Incluso instrucciones de seguridad en el trabajo eran malinterpretadas por falta de traducción. Esta barrera no solo limita el acceso a servicios, sino que coloca a las personas en una posición de vulnerabilidad legal y económica (Geertz, 1973).

4. Alimentación insuficiente y culturalmente inadecuada

En las cocinas improvisadas vi ollas grandes con arroz, frijoles y tortillas, pero también dietas repetitivas y carentes de frutas y verduras frescas ,paradójicamente, en medio de una zona agrícola. Algunos recurren a comida procesada porque es más barata o porque no cuentan con refrigeración. La pérdida de la dieta tradicional afecta la salud física y la conexión cultural (Mintz, 1985).

5. Falta de transporte y movilidad

La mayoría depende del empleador o de compañeros para llegar a tiendas, clínicas o bancos. En casos de enfermedad, esta dependencia retrasa la atención médica y genera aislamiento. La falta de transporte independiente refuerza la separación física y social de la comunidad local (Bourgois, 2007).

6. Tiempo libre sin descanso real

Aunque oficialmente existe tiempo libre, en la práctica se destina a lavar ropa, cocinar o realizar compras necesarias. No hay acceso a actividades culturales, recreativas o espacios comunitarios que permitan descanso mental. Turner (1969) plantea que, sin rituales de recreación o convivencia, el tejido social se debilita y la identidad se erosiona.

Conclusión general del trabajo comunitario

Estos hallazgos no son simples observaciones: son puntos de acción.

Hoy representan derechos humanos básicos que deben ser garantizados. Dentro de mi experiencia personal en extensión comunitaria, entendí que escuchar y documentar no basta. Hoy el verdadero compromiso comienza cuando estás historias se transforman en cambios reales.

Bibliografía

- Bourgois, P. (2007). In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio. Cambridge University Press.
- Geertz, C. (1973). The Interpretation of Cultures. Basic Books.
- Holmes, S. M. (2013). Fresh Fruit, Broken Bodies: Migrant Farmworkers in the United States. University of California Press.
- Mintz, S. W. (1985). Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History. Penguin.
- Scheper-Hughes, N. (1992). Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil. University of California Press.
- Turner, V. (1969). The Ritual Process: Structure and Anti-Structure. Aldine Publishing.

Un llamado del Campo a la Comunidad:

Si bien algunas organizaciones como La Plaza y voluntarios ya trabajan para atender estas necesidades organizando traslados, ofreciendo clases de inglés y gestionando donaciones de alimentos frescos esto no es suficiente para cambiar la estructura que mantiene a los trabajadores en desventaja.

Necesitamos:

- Ampliar programas de transporte comunitario que conecten a los campos con clínicas, tiendas y espacios culturales.
- Garantizar intérpretes y traducción en servicios médicos legales y de seguridad laboral
- Promover acceso a alimentos frescos y nutritivos integrando huertos comunitarios y alianzas con agricultores local
- Crear espacios de recreación y encuentro cultural para reducir el aislamiento y fortalecer la salud mental
- Fomentar políticas locales que priorizan la dignidad y el bienestar del trabajador agrícola
-

Pero más allá de las iniciativas institucionales es urgente que la sociedad se involucre, que vecinos, comercios, iglesias, escuelas y líderes locales reconozcan que la economía y la cultura de Palisade depende de estos trabajadores. Fortalecer a nuestros agricultores no es sólo un acto de justicia, es una inversión en el futuro de toda la comunidad.

Palisade hoy vive de sus campos y de las manos que lo cosechan. La cosecha no termina cuando la fruta se guarda. Termina cuando quienes la colectan pueden vivir y trabajar con la dignidad que merecen.